

**LA PANDILLA
PALOMERA
Y LAS BARRACAS
DE FERIA**

Manolo Arrontes

LA PANDILLA PALOMERA Y LAS BARRACAS DE FERIA

© Manolo Arrontes, 2017

manoloarrontes@lapandillapalomera.com

© Ilustraciones de Julia Tendero

Primera edición: octubre de 2017

Derechos exclusivos de esta edición:

© iLUBUC, 2017

Vila i Vilà, 59

08004 Barcelona

www.ilubuc.com

ISBN: 978-84-946147-2-9

DEPÓSITO LEGAL: AS 2640-2017

Impresión y encuadernación:

Asturgraf

www.asturgraf.es

Todas las situaciones contenidas son invención del autor. Las coincidencias de nombres con personas reales son un mero ejercicio de caracterización de los personajes. En ningún caso las conductas y hechos de los personajes responden a situaciones reales pasadas o presentes.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta novela. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com.

Presentación

Queridas lectoras, queridos lectores:

Si esta es la primera aventura de la pandilla Palomera que llega a vuestras manos, la presentación os servirá para haceros una idea de cómo eran la vida y los juegos de los personajes. Si ya habéis leído otras aventuras de Minutos, Peseta, Toronto, Watussi, Catania y Pachi, saltaos estos párrafos y empezad la lectura por el primer capítulo.

Nos dicen que España en 1973 era un país gris, inculto y atrasado. Seguro que sí; cuando miro hacia atrás siento vértigo por lo mucho que hemos avanzado. No teníamos Internet ni videojuegos, el teléfono era solo fijo y para establecer una comunicación había que contactar con una telefonista («operadora», decían en las series de TV americanas). La televisión era en blanco y negro, con una o dos cadenas dependiendo de que vivieras en un pueblo o en una ciudad.

Las calles estaban sucias, había más pobreza y algo más de gente maleducada. Teníamos la obligación de ir a misa los domingos, jugábamos separados niños y niñas, ellas con muñecas y cocinitas, nosotros con soldaditos y juguetes bélicos. Los niños solíamos insultarnos y pelearnos.

Madres, padres y profesores recurrían a la violencia como apoyo a su labor educadora. Las madres eran diestras en el manejo de la zapatilla, ya fuera como arma corta para zurrarnos en el trasero o como objeto arrojadizo. Pero la verdad es que hacían poco daño. Eran peor los padres, que solo actuaban en situaciones excepcionales, cuando la falta cometida era realmente grave y la bofetada o el correazo hacían daño de verdad.

Los maestros y los curas eran, a efectos de violencia, como una madre y un padre a la vez: te pegaban con tanta facilidad y frecuencia como tu madre, pero te hacían mucho más daño del que tu padre pudiera ser capaz; eso sí, sus golpes se olvidaban en cuanto la clase o la catequesis tocaba a su fin.

Pese a todo ello, los niños, y no solo los de la pandilla Palomera, éramos felices porque teníamos la suerte de vivir en el mejor y más maravilloso de los lugares. En el inmenso reino que abarca desde los diez hasta los catorce años.

ÚLTIMOS DÍAS DE VERANO

1. La indisposición del jefe

El tiempo era tan bueno como en los mejores días de agosto, pero algo en la playa de Berria decía que el verano se acababa. No era que apenas se encontraran una docena de personas en los dos kilómetros de arenal, ni que el socorrista no se hubiera molestado en poner la bandera que anunciaba el estado de la mar. Era algo indescriptible que flotaba en el aire, tal vez la luz de un sol que ya parecía cansado, o el eco de las olas sin bañistas. La pandilla Palomera no sabría decir por qué, pero en el ambiente se notaba que ya era el segundo lunes de septiembre.

El día anterior se habían marchado los primos de Catania que vivían en Bilbao, los últimos veraneantes en irse, con lo que la pandilla Palomera volvían a formar la únicamente Minutos, Peseta, Toronto, Watussi, Catania y Pachi. La cuenta atrás para la vuelta a clase había comenzado: en una semana empezaría el curso en la Escuela del Pueblo y entonces, aunque no fuera veintiuno de septiembre, el verano habría terminado.

Los seis amigos, aquella mañana, habían tomado la decisión de ir a Berria huyendo de los excesos de las fiestas.

El sábado había sido la Virgen del Puerto, la fiesta grande del pueblo de la pandilla Palomera. Era tan im-

portante como la Navidad, pero a diferencia de esta, en la que las celebraciones eran en casa y con la familia, la Virgen del Puerto se vivía en la calle y con los amigos. Había atracciones, verbenas, regatas de traíneras; también recibían una paga especial a la que se unían las propinas de tíos y amigos de la familia. Además, este año contaron con las cien pesetas extra que les dio don Remigio, el tío tacaño de Toronto. En realidad, el dinero era solo para su sobrino, pero don Remigio ignoraba que se lo habían ganado entre los seis.

Por segundo año consecutivo, don Remigio prometió a su sobrino que le daría cien pesetas el día de la Virgen del Puerto si Toronto era capaz de entregarle, los cinco domingos anteriores a la fiesta, las diez pesetas que sus padres le daban de paga.

—Es un acuerdo muy ventajoso para ti —le propuso don Remigio—, a cambio de ahorrar cincuenta pesetas durante cinco semanas recibes cien. ¡Nada más y nada menos que duplicar la cantidad ahorrada!

El año anterior, Toronto le había entregado las diez pesetas el primero de los cinco domingos y don Remigio marcó con lápiz una rayita en la esquina de un billete de cien pesetas.

—Mira, Elías —dijo don Remigio mostrándole el billete—, si el ocho de septiembre tiene cinco rayas como esta, será tuyo.

Pero Toronto no cumplió con las entregas los siguientes cuatro domingos y, cuando la mañana del día de la Virgen del Puerto fue a visitar a su tío, con la esperanza de que no diera importancia a sus faltas y

le regalara las cien pesetas, lo que descubrió fue hasta qué punto era severo y tacaño don Remigio.

—Pues el caso es que habíamos acordado que te daría el billete si tenía cinco rayitas a lápiz, y solo tiene una —lo decía mientras fingía examinar cuidadosamente el billete de cien pesetas—. Lo único que puedo hacer por ti es devolvarte las diez pesetas que me entregaste hace un mes y proponerte un trato similar para el año que viene.

Toronto salió de casa de su tío con diez pesetas —que ya eran suyas hacía más de un mes— y la certeza de que con ese señor no se podía llegar a ningún acuerdo favorable.

Este año, sin embargo, había conseguido el billete sin ningún esfuerzo gracias a la idea que tuvo Peseta. Cuando Toronto le contó lo que le había ocurrido, y lo difícil que era entregar las diez pesetas de la paga cinco domingos seguidos, aun a sabiendas de que se las iban a devolver duplicadas, Peseta propuso un plan a la pandilla.

Toronto entregaría cada domingo, nada más salir de casa, las diez pesetas a su tío don Remigio y luego Minutos, Peseta, Watussi, Catania y Pachi le entregarían dos pesetas cada uno a Toronto con la condición de que el billete de cien fuera repartido entre los seis.

—No es justo —protestó Watussi—. Así, cada uno de nosotros nos quedamos con solo ocho pesetas y Toronto, juntando dos pesetas de los cinco, se lleva diez.

—Pero Toronto es el sobrino de don Remigio y sin él no tendríamos la oportunidad de ganar ese dinero —sostuvo Peseta—. Es justo que a él le salga gratis.

Peseta tenía fama de tacaño entre sus amigos —la verdad era que no le gustaba gastar—, pero sabía dar al dinero el valor que se merecía, ni más ni menos. Y si entendía que un trato era justo lo defendía, aunque beneficiara a otros más que a él mismo.

Fue así como consiguieron hacerse con el billete de cien pesetas con cinco rayitas marcadas a lápiz en una esquina. Billeto que no tardaron ni media hora en gastar en una barraca de tiro al blanco.

Todos los chavales del pueblo se juntaban ese día con importantes sumas de dinero para gastar en los coches de choque, en la noria, en los puestos de frutos secos... Hasta en la tómbola: Watussi, por ejemplo, compró cinco pesetas de papeletas ante la extrañeza de sus amigos.

—¿Para qué compras eso, si nunca toca? —le preguntó Peseta en un tono recriminatorio.

—A veces sí toca, y cualquiera de los premios vale más de cinco pesetas.

—Ya. Pero ¿para qué queremos sartenes, o toallas, o una báscula para el cuarto de baño? —preguntó Pachi mientras Watussi abría una tras otra las seis papeletas que le dieron por un duro.

—Siga jugando... Siga jugando... Siga jugando. —Watussi repetía en voz baja lo que aparecía escrito en las papeletas no premiadas cuando en una de ellas apareció algo en grandes letras rojas—. ¡Premio!, ¡premio! ¡Me ha tocado! —decía dando saltos de alegría y mostrando el boleto a sus amigos.

—¡Una muñeca enfermera! —exclamó Catania entre risas cuando leyó el premio que figuraba escrito—. ¡Te has gastado un duro en una muñeca enfermera!

Las risas se contagiaron al resto de la pandilla.

A Watussi, tras unos segundos de desconcierto, también le entró la risa a la vez que hacía añicos el boleto premiado. El dinero ya estaba perdido, pero no estaba dispuesto a pasar por la humillación de que le entregaran, delante de sus amigos, aquella muñeca enorme vestida de enfermera.

En las fiestas de la Virgen del Puerto los chavales despilfarraban. Especialmente si al día siguiente era domingo, como sucedía ese año. Entonces eran dos días para gastar y gastar, tanto que realmente no disfrutaban de las atracciones ni de las golosinas.

Los miembros de la pandilla Palomera, normalmente, no disponían de más dinero que la paga del domingo y rara vez les quedaba algo más allá del martes. La excepción era Peseta, que, como gastaba menos que los demás, siempre guardaba alguna moneda en el bolsillo. En realidad, no les importaba no tener dinero. Aquello con lo que más se divertían, ya fuera jugar al fútbol, a tres marinos, al escondite, aventurarse por el monte Buciero o por la marisma, era gratis.

Los dos días de fiesta habían producido en ellos un estado contradictorio. Habían gastado unas cantidades de las que nunca disponían. Sin embargo, lejos de sentirse satisfechos, el efecto había sido el contrario: querían más. Por eso Minutos, el jefe de la pandilla, tuvo la idea de alejarse de las atracciones de feria y pasar la mañana del lunes en la playa de Berria.

Eran prácticamente los únicos que disfrutaban de aquella playa inmensa que discurría entre los montes del Brusco y del Buciero. Al llegar se encontraron con

que la marea baja dejaba al descubierto rocas y pozas en las que buscaron pulpos y quisquillas. Luego jugaron a resistir la subida de la marea en barcos contruidos con arena y, por último, se bañaron. El plan para olvidarse de las fiestas había funcionado; no echaron de menos el ambiente de sirenas, de música gritona, ni el olor a frito de las churrerías.

A las dos menos cuarto ya se habían secado al sol entre las dunas y se preparaban para volver al pueblo. Tenían más de dos kilómetros por delante que, si no pasaba el coche de algún conocido, tendrían que hacer a pie. Estaban a medio vestir cuando Minutos se detuvo en seco, se llevó una mano a la oreja y, con una sonrisa maliciosa, dijo:

—¡Silencio, escuchad!

Cuando los otros estuvieron atentos y callados, levantó una pierna y dejó escapar un pedo largo:

—¡Prrrrrrrrrep... pep... pep!

Les sorprendió que Minutos, después de aquello, no riera la broma de mal gusto, sino que su cara fuera la de quien se encuentra con una sorpresa desagradable.

—¡Se ha *cagao*! —exclamó Catania a la vez que señalaba la pierna izquierda del jefe de la pandilla.

Menos Minutos, todos estallaron en carcajadas cuando vieron la suciedad que señalaba Catania. Y es que los desarreglos intestinales eran una de las secuelas del consumo excesivo de golosinas durante las fiestas.

—¡Se ha *cagao*, Minutos se ha *cagao*! ¡Se ha *tirao* un *pedo de burra*! —repetían entre risas señalando al jefe.

A su vez, Minutos negaba con la cabeza sin saber qué decir.

—¡Yo no me he *cagao*, ha sido mi cuerpo! —se defendió por fin, más indignado que avergonzado.

El argumento de que el incidente del *pedo de burra* no tenía que ver con él, sino que era la diarrea que anidaba en su cuerpo quien se había tomado la libertad de irse por la pata abajo, solo consiguió arrancar más risas y burlas de los otros cinco.

Minutos, enfadado por el comportamiento de su pandilla, se encaminó a la orilla para lavarse y limpiar el bañador. Mientras tanto, sus amigos hicieron los últimos chistes sobre lo sucedido y acabaron de vestirse.

—Hay que estar preparados por si su cuerpo decide volver a cagarse —dijo Pachi—. Habrá que llevar unos papeles a mano, no vaya a ser que le dé en mitad del camino.

Mientras decía eso, Pachi se dirigió hacia un sobre que estaba medio enterrado en la arena a pocos metros de donde se encontraban. Llevaba viéndolo un buen rato, pero hasta ese momento no se interesó por él. Tenía la solapa abierta y en su interior se distinguían papeles que bien podrían servirle a Minutos si se encontraba de nuevo en un apuro.

Peseta, Toronto, Watussi y Catania vieron agacharse a Pachi, coger el sobre y cómo, tras unos segundos de parálisis, se daba la vuelta con un montón de dinero en su mano. Aquello que contenía el sobre y que pretendía emplear como papel higiénico, eran billetes de curso legal.

No sabían cómo reaccionar. Alguna vez que habían encontrado monedas les había producido una gran alegría y rápidamente corrían a gastarlas. Pero esto era diferente, había mucho dinero, ellos no sabrían en qué gastarlo y quien lo hubiera perdido estaría pasándolo muy mal. Eran seis billetes de color marrón: seiscientas pesetas.

Los billetes fueron pasando de unas manos a otras, los chavales repasaban uno por uno la cuenta con el mismo resultado. Sin embargo, Toronto encontró algo que llamó su atención.

—¡Eh, mirad aquí! —dijo señalando la esquina de uno de los billetes.

Peseta, Watussi, Catania y Pachi enseguida se dieron cuenta de aquello que les mostraba: cinco rayitas hechas a lápiz.

—¡Es el billete de cien que nos dio tu tío don Remigio!

2. Una propuesta tramposa

Desde los últimos días de agosto, las atracciones de feria iban llegando al pueblo de la pandilla Palomera y el día 7 de septiembre, la víspera de la Virgen del Puerto, el Pasaje estaba a rebosar de casteas de tiro, tómbolas, norias, caballitos...

Había una atracción que se adelantaba a ese calendario y llegaba a finales de julio: los coches de choque. Ser los primeros les permitía elegir el mejor emplazamiento y montar la pista entre la terraza del Brisa y el Monumento. También eran los últimos en irse, se quedaban hasta entrado octubre, cuando ya hacía un mes que se habían marchado los demás. Tal vez por eso, por ser los que más tiempo pasaban en el pueblo, el dueño de los coches de choque —Ojoficha— era el representante de los feriantes. Algo así como el presidente de todos ellos.

Por el contrario, las barracas de tiro eran las últimas en llegar y las primeras en irse. Se instalaban en el peor sitio, en un extremo del Pasaje cercano a la Machina. A diferencia de los coches de choque, que para desplazar todo su material empleaban dos camiones y una gran caravana donde se alojaba la familia de Ojoficha, los que montaban las barracas de tiro iban de un

pueblo a otro en furgonetas destartaladas y dormían arrebujados en una manta dentro de la propia barraca. Hacían la comida en un infernillo y lavaban los cacharros y se aseaban en la playa de la Escollera.

A las cuatro y media de la tarde, unas horas después de haber encontrado el sobre con el dinero, la pandilla Palomera se hallaba frente a la barraca de tiro donde habían gastado el billete que les entregó el tío de Toronto.

No había sido difícil ponerse de acuerdo en cómo actuar con el dinero. Durante la media hora larga que tardaron en llegar desde la playa de Berria hasta el pueblo, tuvieron tiempo para debatir las diferentes opciones. Hubo unanimidad en que había que encontrar al dueño de ese sobre y devolvérselo, y lo más probable es que fuera el mismo feriante con el que gastaron el billete marcado.

A esa hora, la barraca no tenía clientes. El dueño estaba sentado detrás del mostrador y fumaba con gesto sombrío. No hacía caso a los seis chavales que estaban parados frente a su negocio. Fue Minutos quien rompió el silencio.

—Buenas tardes. ¿Ha perdido usted algo de valor?

Tras unos segundos de desconcierto, el dueño de la barraca se lanzó a hablar atropelladamente mientras su rostro adquiría un gesto ilusionado y alegre.

—¡Sí!... ¡Un sobre!... No sé ni dónde ni cuándo. Ha sido entre anoche y *la* mediodía de hoy... Con *mucho* dinero. Con seiscientas pesetas... En billetes de cien... ¡*Vos* lo juro!

El hombre, cuando acabó, extendió la mano dando por hecho que los chavales lo habían encontrado y se lo iban a entregar.

Los seis amigos se miraron asintiendo. No había duda de que ese señor era el propietario del dinero.

—Tenga —dijo Minutos extendiendo el sobre que había sacado del bolsillo trasero de su pantalón.

Sin dar las gracias, el feriante se hizo con el sobre, contó los billetes y se giró. Encendió otro cigarrillo y, como si no tuviera a seis niños delante esperando un gesto de gratitud, se sentó de nuevo.

—Señor feriante, ¿nos da una propina por haber encontrado el dinero? —preguntó Watussi cuando ya sus amigos se daban la vuelta para irse.

—¿Eso *vos* enseñan en la escuela?, ¿a pedir propina por hacer lo que es vuestra obligación? Vaya *educación*... Debería *darvos* vergüenza... pedir dinero a un pobre hombre. ¡Y no me llaméis señor feriante, que tengo nombre y *apillidos*: Aquilino Montoya Heredia!

No se esperaban una reacción así. Ciertamente era que sus padres les habían enseñado a portarse correctamente sin esperar nada a cambio, pero también les habían enseñado a dar las gracias y a corresponder a quien hacía un favor.

Habían dejado atrás la barraca, decepcionados por la respuesta de Aquilino Montoya, cuando oyeron la voz de este que gritaba a sus espaldas.

—¡Eh, chavales, no *vos* enfadéis y *venir pa* aquí!

Los seis se giraron y le vieron sonreír mientras les hacía gestos de que se acercaran.

—No puedo *darvos* dinero porque soy pobre —continuó Aquilino Montoya—. Pero *vos* voy a dejar tirar con la escopeta y que *vos* llevéis los premios. Dos tiros a cada uno.

Aceptaron agradecidos. La verdad es que se habían imaginado que al entregarle el sobre los premiaría con uno de los billetes de cien pesetas, pero cuando ya se habían hecho a la idea de que no les iba a dar nada por devolverle su dinero, no era un mal premio que les dejara disparar dos tiros a cada uno.

Cogieron las escopetas, cargaron los balines y apuntaron al blanco más fácil: las bolas. Estas tenían el tamaño de una pelota de pimpón y a la distancia que disparaban era difícil fallar. El premio era un caramelo o un chicle pequeño, algo que en cualquier tienda de golosinas, o en el carro de Tano, valía menos de una peseta, lo que Aquilino Montoya cobraba por un disparo.

También se podía tirar a los palillos, donde el premio era mejor: un llavero, un silbato, un puro, cosas que valían más que la peseta del disparo, pero las escopetas eran tan malas que acertar al palillo era una hazaña irrealizable. Ni siquiera el hermano mayor de Watussi —a quien sus padres habían regalado una escopeta de aire comprimido por sus notas, y tenía buena puntería— era capaz de dar al palillo.

Los seis dieron a la bola con el primer disparo. Cobraron los premios y se disponían a tirar de nuevo a las bolas cuando Aquilino Montoya los interrumpió.

—¿Por qué no tiráis a los palillos? Vais a ganar un premio mejor.

—Porque es muy difícil —dijo Minutos en nombre de la pandilla.

—Ya veréis como no, vosotros *tirar* a los palillos que si no acertáis yo *vos* doy *pa* que hagáis otro tiro.

Sorprendentemente, Minutos, Peseta, Watussi y Pachi acertaron el tiro y partieron el palillo. Toronto y Catania no partieron los suyos por poco, acertaron pero no de lleno, con lo que los palillos permanecieron en pie, aunque con la muesca de haberlos tocado el balín de refilón. Era mayor la sorpresa por tantos aciertos que la alegría por los premios.

Aquilino Montoya les dio un llavero a cada uno —también a Toronto y a Catania— y les explicó el porqué de su buena puntería:

—Habéis roto los palillos porque *vos* he dado balines de los *güenos*. Con ellos, si apuntas bien, no puedes fallar.

Aquel hombre les había explicado el porqué de algo que todo el pueblo sabía: que las escopetas de la feria fallaban aunque el tirador tuviera buena puntería. Lo que ignoraban es que la razón eran los balines.

Los miembros de la pandilla Palomera, como los demás chavales del pueblo, eran de la opinión de que la causa estaba en las propias escopetas. Unos decían que tenían los puntos de mira desviados, otros que el hueco del cañón era más ancho que la munición y otros, directamente, que el cañón estaba torcido.

Cuando Toronto, el día de la Virgen del Puerto, eligió la barraca de Aquilino Montoya para gastar el billete de cien pesetas que le dio su tío, lo hizo porque era

la que tenía, de todas las barracas de tiro, las mejores y más modernas escopetas. El resultado fue que fallaron tanto como en las otras. Ignoraban que lo importante era la calidad del balín.

Como los otros propietarios de barracas de tiro, Aquilino Montoya empleaba balines a los que, por si no bastara su mala calidad, deformaba ligeramente para que al salir disparados no siguieran una trayectoria recta.

—*Vos* propongo un plan —dijo Aquilino Montoya—. *Yos vos* doy dos pesetas a cada uno para que gastéis aquí, en mi barraca, si venís a las siete, cuando *haiga* más gente.

—¿Y qué más tenemos que hacer? —preguntó Peseta con desconfianza.

—Nada —respondió Aquilino—. *Güeno*, algo sí, pero poca cosa. Vosotros venís por aquí y cuando *vos* haga una señal me decís que queréis dos tiros, me dais las dos pesetas, *vos* doy los balines, de los *güenos*, disparáis a los palillos y que *vos* vean los otros chavales cómo les dais y *vos* lleváis los llaveros.

—¿Y los otros chavales también tendrán balines de los buenos? —preguntó Peseta.

—No. Los *güenos* son solo *pa* los amigos, como nosotros.

Aquilino Montoya ya tenía doce monedas de una peseta en la mano que tendía a la pandilla Palomera. Los chavales miraban ese dinero sin atreverse a cogerlo. Fue Watussi quien dio un paso al frente y tomó las monedas.

—A las siete volvemos —dijo al cogerlas.

Minutos se despidió en nombre de todos y los seis se pusieron en camino hacia la plaza de San Antonio, donde el programa de fiestas anunciaba que ese lunes, por la tarde, habría teatro de guiñol y otras actividades para niños.

La plaza rebosaba de niños más pequeños que ellos, algunos tanto que apenas podían andar sin la ayuda de sus madres. Los chiquillos esperaban a que se iniciaran las actividades infantiles gritando y entonando canciones que la pandilla Palomera no cantaba desde que estaban en segundo o tercero. Se sintieron muy mayores para esos espectáculos y se retiraron a un banco del extremo de la plaza.

Les intranquilizaba la propuesta de Aquilino Montoya, tan solo Watussi y Catania eran partidarios de seguirle el juego.

—Ese señor lo que quiere es que le ayudemos a engañar a la gente —dijo Peseta, quien estaba claramente en contra—; que los chavales nos vean cómo acertamos a los palillos para que ellos también quieran tirar y fallen porque les dará balines de los malos.

—No es verdad —replicó Watussi—. Nosotros no vamos a engañar a nadie. Aquilino Montoya nos regala unos tiros en su barraca por haberle devuelto su dinero.

—¡Sí, anda! Por eso quiere que los demás chavales vean cómo damos a los palillos con balines buenos y a los otros se los da de los malos...

—¡Claro! —Catania interrumpió a Peseta—. Porque nosotros somos sus amigos y los demás no.

—¡Mentira! —Peseta gritaba enfadado—. ¡Ese no es nuestro amigo! Cuando le devolvimos el sobre se sentó y no nos dio ni las gracias.

—¡Porque es pobre! —Watussi defendía a Aquilino Montoya.

—¡Cómo va a ser pobre si tiene seiscientas pesetas! ¡Es un mentiroso y un tramposo!

Minutos, Toronto y Pachi veían cómo se enfrentaban sus amigos sin intervenir. Estaban de acuerdo con Peseta: Aquilino Montoya les parecía un tramposo y no creían que fuera su amigo; aunque, por otra parte, les apetecía ir a la barraca de tiro y acertar a los palillos. La mejor solución habría sido no aceptar el dinero, pero ya era tarde para eso.

—¡Tengo una idea! —intervino Pachi de repente—. Podemos ir y cuando tengamos que disparar no apuntamos a los palillos y fallamos los tiros.

Sus amigos lo miraron como a un bicho raro. Cierto que la idea de Pachi suponía no participar en el engaño de los balines defectuosos, pero era absurdo ir a una barraca de tiro para fallar a propósito. Pasaban los segundos sin que nadie dijera nada y Pachi, por la forma en que lo miraban, empezaba a pensar que había dicho una tontería. Entonces Catania se levantó de un salto.

—¡Sí! ¡Es una buena idea! Ya veréis la cara de tonto que se le queda cuando empiece a darnos balines de los buenos y nosotros fallemos más que los chavales que disparan con los malos. ¿Qué nos importan los premios si hemos ganado un llavero cada uno y ya no sabemos qué hacer con ellos?

A Catania le entusiasmaba gastar bromas pesadas y esta, la de hacerse los tontos delante de Aquilino Montoya, podía ser muy divertida. Contagió su entusiasmo a los demás y empezaron a imaginar cómo lo harían, la cara de enfado que se le pondría a ese feriante tramposo y las risas que podían hacer.

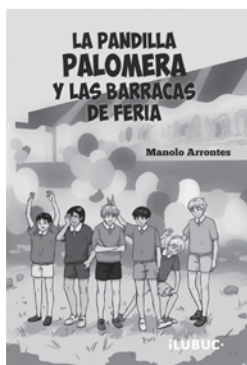
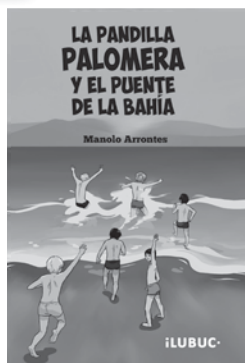
—*Jarcia!* —exclamó Minutos asumiendo el mando—. Son más de las seis y hemos quedado a las siete enfrente de la barraca. Vamos cada uno a nuestra casa, cogemos la merienda y nos vemos en el chalet a las siete menos cuarto para ensayar cómo lo vamos a hacer.

Títulos publicados de la pandilla Palomera



**LA PANDILLA
PALOMERA**

**LA PANDILLA
PALOMERA
Y EL PUENTE
DE LA BAHIA**



**LA PANDILLA
PALOMERA
Y LAS BARRACAS
DE FERIA**

Pídelos en tu librería o hazte con ellos en la web
de la pandilla Palomera:

www.lapandillapalomera.com